

Miguel CORTÉS ARRESE: *Ciudades entreabiertas*. Murcia: Nausícaä, 2016, 92 pp.

Este original libro en una exquisita edición de Nausícaä nos permite visitar cuatro ciudades imperiales, entre las más bellas y legendarias de Europa: Estambul, Toledo, San Petersburgo y Moscú. Pero no se trata de describirlas, ni mucho menos de organizar una guía de viaje. De hecho, es difícil clasificar este apasionante libro, repleto de conocimientos y de información sobre urbanismo, historia, literatura y arte. Cortés Arrese ha realizado una erudita investigación, en una gran cantidad de estudios, obras literarias y artísticas, ensayos y memorias. Testimonio de ello son las valiosas referencias bibliográficas consignadas en notas de pie de página, cuya discreta tipografía revela el propósito del autor de no desviar la atención del texto, escrito en una prosa tan refinada, atractiva y ágil que el lector no puede dejarlo de lado sino hasta llegar al último párrafo.

Indica Cortés Arrese que se debe comprender el misterio y la leyenda de estas ciudades, formadas a lo largo de los siglos por múltiples capas y resultado de su emplazamiento, historia, pobladores, artistas, escritores y viajeros. El trayecto empieza con un preludio en Venecia cuya peculiar atmósfera explica la pintura de Canaletto, la música de Vivaldi, la obra de Thomas Mann y el cine de Visconti. Desde esas páginas se percibe uno de los temas más interesantes del libro; los múltiples vínculos que se pueden establecen entre los diversos visitantes y las varias ciudades. Por ejemplo, en el cementerio de San Michele, continuando los lazos culturales que existieron desde hace siglos entre Rusia e Italia (la influencia de Dante en Pushkin, de la ópera italiana en Tchaikovsky, de los futuristas italianos en el arte ruso), entre tantos muertos ilustres se encuentra la princesa Sonia Kaliensaki, quien murió en su hotel, por una dosis de laudazo, en febrero de 1907, y Serguéi Diáguilev, cuyo féretro encabezó el cortejo fúnebre de tres góndolas que lo condujo hasta su tumba. «Venecia, inspiración eterna para nuestro sosiego» es la frase que se lee en la lápida, adornada de flores y zapatillas de baile depositadas por sus admiradores. Allí se encuentra también el poeta italo-ruso Joseph Brodsky, que huyó de su natal San Petersburgo y se instaló y murió en Nueva York, tal como Igor Stravinsky, autor de la *Suite Italiana*, que también reposa en San Michele. La mención a Nueva York permite establecer más vínculos; otro ruso, Vladímir Nabókov, salió de Rusia en 1919, y logró en tierra americana la realización de sus sueños de juventud, y un emigrante italiano, Vito Andolini, el niño de nueve años que se convertiría en el padrino don Corleone, levantaría su imperio de la mafia en Little Italy.

La visita detallada empieza en Estambul, la antigua Constantinopla, asentada en el Mediterráneo oriental, a orillas del Bósforo, y frontera de dos partes del mundo. Cortés Arrese relata el desarrollo de su perfil de mezquitas, y para ello retrocede hasta el domingo 29 de mayo de 1453, cuando el joven Mehmed II, montado en un caballo blanco, se dirigió

a Santa Sofía y mandó que desde el púlpito se proclamara que no había más dios que Alá, convirtiendo en mezquita el santuario modelo de la arquitectura bizantina. Los sultanes aumentaron el poder y resplandor de la metrópolis; levantaron el Topkapi, conservaron las murallas, redefinieron el exterior de Santa Sofía con cuatro alminares, y construyeron otras mezquitas para celebrar el triunfo del Islam. Soleimán el magnífico empleó parte del botín que había ganado en las guerras para embellecer la ciudad, que había cambiado de nombre. Selim y Soleimán escogieron un emplazamiento cerca del Cuerno de Oro para la Suleymaniye, recortada sobre un promontorio que permitía la comparación con Aya Sophia. Su construcción empezó en 1550, tiene 49 metros de altura en la clave, una cúpula de 26 metros de diámetro y esbeltos minaretes. El paisaje que atraviesa el Hipódromo, en el centro del poder religioso y político de Estambul, flanqueado por el Obelisco de Teodosio y la Columna serpentina, se completó con la Mezquita Azul. Ahmed I utilizó los fondos del tesoro para su construcción, iniciada en 1609 bajo la dirección de Mehmed Aga, discípulo del arquitecto Sinan. La organización de la construcción se describió meticulosamente en ocho volúmenes, que actualmente se encuentran en la biblioteca del palacio de Topkapi. Fue inaugurada el 9 de junio de 1617 y es considerada la obra cumbre de la arquitectura otomana con sus seis minaretes, la cúpula de 43 m de altura y su exquisita decoración interior con más de 20 000 azulejos de Iznik en tonos azulados.

Así se delineó el perfil de la ciudad otomana que se contempla desde el Bósforo, tal como lo vieron Federico Gravina, capitán de fragata de la Armada, y muchos otros viajeros ilustres, cautivados por «la vista más bella del mundo»; «de Lamartine a Nerval, de Melville a Flaubert, de Gautier a Edmond d'Amicis, de Cocteau a Paul Morand sin olvidar a Graham Greene». Mark Twain admiró la vista navegando Bósforo arriba y el novelista y periodista Edmond About, quien participó en el viaje inaugural del Orient Express el 4 de octubre de 1883, afirmaba que se debía destinar por lo menos un cuarto de hora a la contemplación del panorama desplegado desde la costa, antes de entrar a las calles con su gran diversidad de gentes y costumbres. Pierre Loti, que llegó por primera vez a Estambul en 1889, gustaba de los barrios bajos y callejuelas estrechas. Recorrió los cementerios y las viejas mezquitas, contemplaba la puesta del sol desde el muelle del Top-Hane, y le fascinaba sobre todo la hora en que llegaba la noche, dejando todo envuelto en un «sudario de tinieblas y misterio». Volvió seis veces a la Estambul, la última en 1913, y como lamentaba la modernización, permaneció fiel a los lugares que escapaban de ella y que siempre recordaría.

La primera impresión de Toledo fue fundamental para sus visitantes, ya sean casuales, o aquellos que peregrinaron en busca de los lugares consagrados por El Greco. Muchos destacaron el panorama de la ciudad con sus murallas y torres, el río cantado por Garcilaso y los monumentos; el Puente de Alcántara, el Hospital de Santiago, el Castillo de San Servando, el Alcázar, San Juan de los Reyes... La predilección del autor por Rilke hace que aparezca en varias ciudades, y nadie mejor que el gran poeta austriaco, entusiasmado por la pintura de El Greco gracias a Zuloaga, para guiarnos en la primera visita a Toledo. Casi se le puede ver en la descripción de Cortés Arrese: «de aspecto frágil, delgado, pálido, con pequeñas manos conmovedoras, ojos azules llenos de luz interior, silencioso hasta el extremo en el andar y el hablar». Iba envuelto en una capa negra, tal como lo vio Pasternak en la es-

tación de Moscú, y llevaba consigo, como en todos sus viajes, un crucifijo y un icono ruso. El joven escritor llegó a Madrid el 2 de noviembre de 1912, tomó el tren a Toledo y al llegar a la estación caminó un poco y pudo ver el impresionante perfil de la ciudad, el puente de Alcántara, las viviendas del Alficén y en lo más alto el Alcázar. La vista le recordó un dibujo del holandés Jozef Israëls, y esa primera impresión le arrancó una exclamación: «¡Es Toledo! ¡Es Toledo!» Fue una revelación no solo por los cuadros de El Greco sino por el paisaje, y por ser «una ciudad que existía en igual medida para los ojos de los muertos, de los vivos y de los ángeles».

Era también una ciudad de artistas y escritores, pues la impresión que en ellos causaba reaparece una y otra vez en las creaciones de otros artistas y escritores. Toledo, desplegado sobre el horizonte con su cinturón de murallas y torres quedó consagrado como obra de arte y en diversas panorámicas la imagen se filtra a través de ciertos cuadros. Entre muchos ejemplos, se menciona la panorámica de Felipe Cardano que reaparece en el *Voyage Pittoresque et historique de l'Espagne* de Alexandre Laborde, agregado a la embajada de Luciano Bonaparte. Los dibujos a lápiz de Edward Hawke Locker, que visitó Toledo en 1813 en los tiempos de la Guerra de Independencia, se utilizaron en las ilustraciones de las revistas y los grabadores modificaron el paisaje introduciendo detalles que lo hacían más romántico. Muchos siguieron la recomendación de Richard Ford; descender hasta el Tajo, cruzar el puente de San Martín y subir la cuesta que hay a la izquierda, y siguieron la perspectiva de sus dibujos con la vista hacia San Juan de los Reyes tomada puente arriba con dos arcos y el torreón más cercano a la ciudad.

Nos informa a menudo el autor de cómo llegaron los viajeros a Toledo, en qué estación del año, a qué hora del día, sobre las incomodidades del camino y por dónde entraron a la ciudad, pues todo eso influye en las impresiones que tuvieron. Théophile Gautier viajó con su amigo Eugene Piot en el caluroso verano de 1840, equipados con una cámara de daguerrotipo. Entraron por la Puerta del Sol y se alojaron en la Fonda del Caballero. Al atardecer, conducidos por un barbero que les servía de guía, se dirigieron al Alcázar y el inmenso panorama sumergió al escritor en una profunda meditación. La puesta del sol de innumerables colores y los «tintes lilas de la noche» que avanzaba iluminaban el contorno de la catedral que parecía «hundir en el corazón del cielo su flecha desmesurada». Más allá, en un rayo de luz, San Juan de los Reyes, y después el Puente de Alcántara con su puerta en forma de torre franqueando el Tajo con sus atrevidos arcos.

Nos enteramos de que Galdós llegó en 1870 por ferrocarril, que Richard Ford y Gautier utilizaron la diligencia y que Fernando Osorio, el joven protagonista de la novela *Camino de perfección* de Baroja, hizo el camino a pie, atravesando el paisaje quemado por el sol y sembrado de campanarios y pequeños pueblos de casas blancas. Cree el autor que la hora preferida de los viajeros para partir de Toledo, era al alba aún alumbrada por la luna, como lo hizo Charles Didier, saliendo por la Puerta del Sol tras haber paseado en la noche por las enredadas calles. En esa ciudad de fantasmas, de vivos y de muertos se repite más o menos, algún episodio, como el que narra el escritor y periodista Antoine Fontenoy, quien, al llegar a Toledo en el atardecer, vio el entierro de un niño en el cementerio de la Caridad. Algo similar pero más fantasmagórico le ocurrió a Azorín, quien, viajando en vagón de tercera, llegó a Toledo en diciembre de 1900, y cuenta a través del protagonista de *Diario de*

un enfermo, que una noche, deambulando por las calles iluminadas por la luna, vio a un hombre que llevaba un ataúd a cuestas y sintió el deseo irrefrenable de seguirlo atraído por la fuerza del misterio y de la muerte

Dos ciudades rusas, San Peterburgo y Moscú, cierran el libro. A San Petersburgo, famosa por su elegante arquitectura y por las noches blancas, que desde mayo hasta fines de julio, cuando la ciudad emerge del frío y la oscuridad, permiten que la gente se deleite paseando en los muelles de granito a lo largo del Neva, llegó Rilke, en la primavera de 1899, acompañado por su amiga y confidente Lou-Andreas Salomé, su marido y Yelena Yorónina. Recorrió el Ermitage y asistió a conciertos, exposiciones y teatros. En general, San Petersburgo no le atrajo, y comentó en cartas su sensación de soledad que combatía sumergiéndose en «toda clase de mapas» y «viejas imágenes rusas de santos». Visitó la catedral de San Isaac, pero le desagradó su tamaño y la cúpula de oro. Por el contrario, Gautier admiró la catedral, la aguja del Almirantazgo, los piramidones de la iglesia de la Guardia Noble y las cubiertas azules de la Trinidad. Le causaron el efecto de «una corona bizantina puesta sobre un cojín de brocado de plata».

Muchos otros admiraron la ciudad, entre ellos, el ingeniero sevillano José María López de Ecala, quien llegó por mar en junio de 1858. Un vaporcito lo acercó desde la isla de Kronstadt hasta el muelle inglés y pudo contemplar los suntuosos palacios de mármol y piedra, las enormes dársenas y las agujas doradas de las cúpulas bizantinas. Su admiración creció al divisar la perspectiva de Nevsky, la calle principal de la ciudad, planeada por Pedro el Grande, que comienza en la ruta hacia Novgorod y Moscú: «ninguna he visto en las grandes capitales de Europa que pueda comparársele en belleza y grandiosidad».

Entre los jóvenes escritores atraídos por el ambiente cultural de la brillante metrópolis está Chéjov, quien llegó en 1885, a los 25 años, por tren nocturno. Admiró las avenidas llenas de troikas y visitó el Mercado del heno, escenario donde se desarrolla gran parte de *Crimen y castigo*. Dostoyevski, autor de esta novela, nació y creció en Moscú, pero muy joven se estableció San Petersburgo y allí vivió en diecinueve casas distintas. Convirtió a la ciudad en protagonista de varias de sus obras, entre ellas su primera novela *Pobre gente* (1846), *Crimen y castigo* (1866) y su cuento más poético, *Noches blancas* (1848), las largas noches blancas de primavera cuando las farolas nunca se encienden y, como escribió Brodsky, «se despliega como nunca la magia de la ciudad». Entonces «resulta difícil conciliar el sueño, porque es demasiado ligero y cualquier sueño será inferior a esa realidad». Vladímir Nabókov detestaba Moscú, pero amaba a San Petersburgo, donde nació, y sobre todo a Vyra, la finca familiar, a setenta y cinco km de la capital imperial, donde pasó tan feliz infancia y cuyo paisaje tanto extrañó cuando se vio obligado a huir de Rusia. Revela Cortés Arrese que el escritor se aficionó a viajar en tren y lo utilizó por lo menos cinco veces; el Nord Express, que enlazaba San Petersburgo con París, y por fin, en 1917, para salir de su país.

Con estas menciones el autor pasa a informar sobre el mundo fascinante de los trenes. Retrocede quince años y presenta al ingeniero militar español Ricardo Martínez Unciti, quien fue a Rusia formando parte de una comisión de la Cruz Roja. Llegó a San Petersburgo el 26 de mayo de 1902 y se trasladó en tren a Moscú. Este era el medio habitual de

transporte entre ambas ciudades. Había sido utilizado por Lewis Carroll y su amigo Henry Parry Liddon en 1867, y poco antes por López de Escala, quien se entretuvo en el largo trayecto contemplando el paisaje de dehesas, bosques y pequeñas aldeas de casas esparcidas. Era un camino de 650 km trazado por el mismo zar con una pluma mojada en tinta como una línea recta. Se había inaugurado en 1851; el primer tren salió de San Petersburgo a las 23.25 horas y llegó a Moscú a las 21 horas del día siguiente. Era el expreso que veinte años después tomaría Ana Karenina viajando en un compartimento de primera clase.

Rilke tomó dos veces el tren a Moscú. Durante su primera estancia, en la primavera de 1899, visitó a varios escritores; Tolstoi, Pasternak, Iliá Repin. Recorrió monasterios, iglesias, catedrales y salones de té, y comentaba que se sentía allí como en casa. En su segunda visita, en la primavera del año siguiente, acompañado de su amiga Lou, se alojó en un hotel junto al Kremlin de donde procedían los tañidos de las campanas que celebraban la pascua. Empleó su tiempo en conocer bien el arte ruso, y en uno de los dos ensayos que escribió sobre el tema comenta la intensidad de las vivencias religiosas rusas manifestadas en las imágenes bizantinas, pues creía que el pintor de íconos ha profundizado en la belleza para elevar a su pueblo. Al poeta le encantó su visita al monasterio de la Trinidad y Sergio, a unos setenta km de Moscú, y el príncipe Serguei Ivánovich Shajonovskoi, amigo de Chéjov, lo guió en su recorrido por el Kremlin. Fue después a Yásnaia Poliana al encuentro de Tolstoi, a quien también visitó Luis Morote cinco años más tarde; llegó en tren hasta Tula y desde allí un trineo lo condujo entre la nieve hasta Yásnaia Poliana. El periodista republicano trazó el retrato del aristócrata que deseaba ser hombre del pueblo: «Sus barbas son largas y plateadas, en continente es más labrador que señor, pero hay tal limpieza, aseo y cuidado en su blusa oscura, en su camisa blanca, que se demoran todas aquellas imaginaciones que lo hacían aparecer casi como un rústico». También visitó la finca Stefan Zweig en septiembre de 1928, cuando viajó a la URSS para celebrar el centenario del nacimiento del escritor. La comitiva, presidida por Lunacharski, descubrió una estatua del famoso anacoreta junto a la escuela que había organizado setenta años atrás. A continuación visitaron la residencia y la tumba, en un paraje solitario del bosque; era un pequeño túmulo de tierra rodeado por altísimos árboles que habían sido plantados por León y su hermano Nicolás. «No había ninguna cruz, ningún epitafio. Nada guardaba la tumba del gran hombre salvo el respeto de los hombres».

La profecía de un monje en el siglo XVII que aseguraba que Moscú sería la tercera Roma otorgó un aura legendaria a la ciudad. El mito revivió en el siglo XIX con el apogeo del paneslavismo y se extendió su fama, así como la curiosidad por el Kremlin, su recinto más sobresaliente. Era un complejo fortificado de dos kilómetros y veinte torres con un conjunto de edificios civiles y religiosos situado en el corazón de la ciudad, frente al río Moscova. Fue construido por Iván III, también conocido como Iván el Grande, quien cuadruplicó el territorio del país y proclamó a Moscú como la Tercera Roma. Entre los muchos visitantes del lugar que cita Cortés Arrese podemos mencionar a Adolphe de Custine, quien describió la impresionante ciudadela sobre la colina, en medio del tejido urbano, y llegó a contar diecinueve cúpulas, la mayoría doradas, rematadas con una cruz, y, por encima de todas, la torre de Iván el Grande.

Lily Litvak

Los grabados del Kremlin y de la vista de la ciudad desde el Moscova publicados por las revistas ilustradas acabaron por resultar familiares a los lectores europeos. El interés creció con las muchas imágenes de la coronación de Alejandro III y Nicolás II que pueden verse, por ejemplo, en *La Ilustración Española y Americana*. Sin embargo, el tiempo y los vaivenes de la historia dejaron sus huellas. La catedral, un centro religioso admirado por los moscovitas, sería destruida en 1931 y el terreno destinado al Palacio de los Soviets. La guerra retrasó esos proyectos y en 1957 sobre los cimientos de la antigua iglesia se construyó una enorme piscina climatizada. Años después, en 1994, el alcalde Luzhkov, algunos representantes del gobierno de Yeltsin y el patriarca Aleksei II decidieron en secreto reconstruir la catedral siguiendo el modelo original. Debía terminarse para el 850º aniversario de la fundación de la ciudad, convertida en el nuevo símbolo de la patria rusa y de su arrepentimiento.

El libro se cierra con estos últimos párrafos, pero se sienten deseos de seguir leyendo y abriendo estas ciudades «patrimonio de la memoria universal», pues, glosando el famoso título de Roland Barthes, se puede decir que el libro de Cortés Arrese reúne todo; el placer del texto, el placer de la lectura y el placer tan complejo del viaje, pues según un estudioso de *Las mil y una noches*, viajar es una forma de perpetuación del deseo y la lección definitiva de Sherezade es que «viajar es pensar».

Lily LITVAK